

A 78/62

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL LIC.^{DO} D. MANUEL CRESPO,

SEMINARISTA DEL CONCILIAR DE BURGOS, Y ACTUAL-
MENTE CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA EN EL COLEGIO DE
SEGUNDA ENSEÑANZA DE SANTO DOMINGO DE LACALZADA,

• EN LA APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO
DE 1856 Á 1857.

Impreso por acuerdo y á expensas del M. I. Ayuntamiento
de la misma Ciudad.



BURGOS.

IMPRENTA DE P. POLO.

AÑO DE 1856.

CESTELLA

2



A 78/62

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL LIC. D. MANUEL CRESPO,

SEMINARISTA DEL CONCILIAR DE BURGOS, Y ACTUALMENTE
CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA EN EL COLEGIO DE SEGUNDA ENSE-
ÑANZA DE SANTO DOMINGO DE LACALZADA, EN LA APERTURA
DEL CURSO ACADÉMICO DE 1856 Á 1857.

Por acuerdo y á expensas del M. I. Ayuntamiento de la misma Ciudad,



BURGOS.

IMPRENTA DE P. POLO.

AÑO DE 1856.

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL LIC. D. MANUEL GONZALEZ

SEMILLERÍA DEL CONGRESO DE NIÑOS, Y ACERCA DEL
CÁMBIO DE LA EDUCACIÓN EN EL CONGRESO DE NIÑOS, EN
NUESTRO SEÑOR DOMINGO DE LA CRUZ, EN LA ASISTENCIA
DEL CURSO ACADÉMICO DE 1856 A 1857.

Por acuerdo y a expensas del M. J. Ayuntamiento de la misma Ciudad.



IMPRESA DE P. GONZALEZ
EN LA CIUDAD DE MEXICO
AÑO DE 1857

*Natura inest mentibus nostris insatiabilis
quædun cupiditas veri videndi. (Cic. lib. Fil. 1.
quest. tusc.)*

La naturaleza inoculó en nuestras almas un
deseo insaciable de conocer la verdad.

¿Qué grandeza, qué elevacion la de este nuestro espíritu vivificador, que recorriendo de una sola ojeada todo el campo de la historia llega hasta los límites del tiempo, abraza y penetra el universo con su contemplacion, desprecia lo posible y deja casi siempre lo real, lo finito, lo visible, para espaciarse en lo ideal, lo infinito é invisible y abismarse en el piélago de la Divinidad, en el cual goza en perderse! Pertenece por el pensamiento á otro mundo, donde nuestra alma se espacia, se encierra ó se eleva, del mismo modo que el cuerpo en la naturaleza, á un mundo que no es iluminado por la luz del sol, sinó por otra luz intelectual y divina. En él está la sede principal de nuestro ser, en él ya no se nos revela el gran ser de la naturaleza por la interposicion de este mundo material, que cambiando sus modificaciones varía su language y viene á

ser un sublime geroglífico en movimiento perpetuo para transmitirnos el conocimiento de su autor, de ese sistema de cosas invisibles visiblemente manifestadas, segun la expresion de S. Pablo, sinó que se nos manifiesta directamente por los rayos que inmediatamente emanan de su sustancia, á nuestra inteligencia por la verdad, á nuestra conciencia por la justicia y á nuestro corazon por el sentimiento del orden. Esta verdad, esta justicia, este orden no son otra cosa que diferentes ráfagas, diferentes reflejos de la razon eterna. Esta razon es como el aire y la luz del alma, que sin cesar tiende por todos sus buenos instintos á asimilársela; es el foco de donde el alma emana y á cuyo rededor gravita hasta que otra vez pueda entrar en él y dilatarse en la posesion de su principio; es como la matriz de todas las inteligencias, es Dios, encerrando una profunda filosofia aquellas palabras del Apóstol: *in ipso vivimus, movemur et sumus*, en él vivimos, nos movemos y somos. Nuestra imaginacion es obra suya, nuestra razon es hija de esta razon, ó mas bien la aspiracion instintiva de nuestro espíritu hacia Dios, que segun la bella expresion del gran filósofo Malebranche es el lugar de los espíritus como el espacio lo es de los cuerpos.

Se ha dicho, que la nobleza es un prolegómeno de la soberanía; podría decirse que nuestra alma es un prolegómeno de la divinidad. Si, nuestro espíritu vivificador es un soplo del Omnipotente, es el álito del Altísimo, es un destello de la Divinidad, un rayo inmortal de la divina luz, la imágen animada de Dios, una trinidad criada, segun la

expresion mas profunda salida del oráculo de la filosofia. Y como todo en la naturaleza tenga un principio de existencia análogo á lo que le sirve de alimento, que científicamente se llama ley de asimilacion, ¿cuál será la sustancia de que nuestra alma se alimenta, qué es lo que busca en todos los hombres y qué es lo que abraza con ardor? Una sola cosa hay, que el alma quiere y anhela con afan, con amor entrañable: *la verdad*.

La verdad bajo todas sus formas y en todas sus aplicaciones, la verdad en las ciencias naturales, la verdad en las ciencias morales, la verdad en las matemáticas, la verdad en la historia, la verdad en todas las ciencias. No está sobre sí, ó no se siente á sí misma sinó cuando se ocupa de ella. Como una ligera llama que está revoloteando en la superficie de este mundo material, podría decirse que nuestra alma tiende incesantemente y apesar de todos sus obstáculos á juntarse otra vez á aquel grande foco de verdad de donde procede y hacia el que de continuo gravita. No parece sinó que ~~se~~ conquista su legitimo patrimonio cuando la descubre, y que respira su aire natal cuando la goza. Desde el momento en que la verdad llega á tocar nuestra inteligencia, esta la reconoce, la abraza, se apodera de ella como del único objeto que llena su vacío; y después de recibir su luz, á manera de un espejo la reverbera á su alrededor como si fuera suya propia. La razon iluminada de repente por la verdad exclama entonces por el entusiasmo de su sorpresa interior: esto es, no hay duda; es evidente, no puede ser de otra manera; y se agolpan al

momento mil raciocinios y deducciones exactas á festejar á la verdad celebrando su feliz desposorio con el espíritu humano á quien racionaliza. Nada es comparable entonces al alegría, á el orgullo, á el delirio en cierto modo de nuestra alma: es un Arquímedes que corre por las calles de Siracusa gritando como un loco: *ya la he encontrado*: es un Pitágoras que camina presuroso á inmolar una hecatombe á [los dioses en gratitud al descubrimiento del cuadrado á la hypotenusa: es un Galileo, que no pudiendo abandonar su sistema astronómico apesar de la indignacion de su siglo contra él, pinta el globo en las paredes de su cárcel y dice á aquella figura animada por la verdad: *pero sin embargo tu das vueltas*: es un Santo Tomás de Aquino, que iluminado de repente da un golpe sobre la mesa y exclama con una especie de sorpresa interior: *esto es concluyente contra los maniqueos*: es finalmente un Miguel Angel, que al ver el Panteon exclamó: *yo le pondré en los aires*.

Si, la verdad, este principio nutritivo del alma, esta comida de los espíritus, como la llama admirablemente el Platon del cristianismo, el gran filósofo Malebranche, es tan deliciosa y da al alma tal vigor cuando la gusta, que no nos cansamos nunca de desearla y buscarla. ¡Cosa rara! Todas las criaturas llegan con rapidéz al último grado de desarrollo y perfeccion de que son capaces, y en seguida se pasan y dan vueltas, por decirlo así, en el círculo de su organizacion ó de su instinto. Al revés sucede en el hombre inteligente: este se dilata, desenvuelve sin cesar todas sus facultades, sigue una carrera indefinida, una línea per-

pétuamente ascendente de ilustracion, es siempre ignorante porque está siempre llamado á saber mas: es un edificio cuyo techo no se cubre nunca: una sola inteligencia devora en corto tiempo todos los tesoros de ciencia adquiridos en todos los siglos por la humanidad entera; y como si este inmenso botin la hubiera hecho mas codiciosa y ágil, se precipita con mas ardor que nunca hacia el campo de los descubrimientos, ensancha el límite de las ideas humanas, su ambicion se estiende inmensamente mas allá, y al fin conoce que mientras esté en la tierra no le será dado gozarse plenamente en su posesion. Escucha estas admirables palabras de Newton moribundo: « no sé que pensará el mundo de mis trabajos », decía este grande ingenio; « pero á mí me parece que he sido siempre un niño jugueteando en la orilla del mar, encontrando á veces una china un poco mas tersa que las comunes, á veces una concha un poco mas brillante, mientras que el grande oceano de la verdad se estendía inesplorado delante de mí. »

Nuestra alma que ha sido bastante grande para concebir idea tan basta de la verdad, para sentir tan insaciable sed de su posesion, y á quien ha sido permitido entrever la existencia de ese grande oceano, no debe quedar para siempre sobre la orilla, sinó caminar incesantemente hacia ella, puesto que no es otro su destino sinó vivir en ella como en su elemento. Pero, ¡oh tiempos los nuestros! una secta filosófico-incrédula y á la vez racionalista, hijuela del protestantismo, ha hecho resonar su eco en los cua-

tro ángulos de la Europa, calumniando á nuestra sacrosanta religion de apocadora del espíritu humano, que le tiraniza, que le veda espaciarse á sus anchuras por el vasto piélago de la verdad; y ha proclamado al mismo tiempo la emancipacion del pensamiento de toda traba de la fe católica como una necesidad para el mayor desarrollo del espíritu humano. Mas hoy en nombre de la sana filosofía voy á presentar brevemente á la vista el vuelo tomado por el espíritu humano en los principales ramos del saber filosófico bajo la influencia de nuestra fe católica hasta hacer palpable la verdad de la siguiente proposicion, que será el objeto de mi discurso.

«Segun los datos habidos de la historia del espíritu humano, sus grandes progresos en las ciencias filosóficas son debidos á la influencia de la fe católica: por consecuencia es falsa la asercion de que el espíritu humano emancipado del yugo de dicha fe tomaria un vuelo mas atrevido en la carrera de los conocimientos humanos.»

Dios, el hombre, la naturaleza, he aquí los tres objetos en que ha de ocuparse el espíritu del filósofo. En el principio tenía el hombre un conocimiento clarísimo acerca de estos tres puntos culminantes de la filosofía; era filósofo teólogo, filósofo moralista, y filósofo naturalista; pero ambicionó una ciencia semejante á la del Eterno, (*Eritis sic ut Dii*); era confidente del Altísimo, y quiso ser igual á él: valiéndome del language astronómico, era satélite de la Divinidad y quiso hacerse á sí propio su centro; pero desde este fatal momento como un astro salido de su

órbita, se separó de Dios, y cayó en si mismo, y de si mismo en las demás criaturas. En aquella caída perdió el conocimiento claro que tenía. Sin embargo, no perdió la capacidad ni la necesidad; y de ahí esa insaciabilidad de espíritu, esa comezon de saber, esa sed devoradora de verdad que le atormenta incesantemente; de ahí ese círculo de errores en que por espacio de cuatro mil años estuvo girando siempre la humanidad, sin serle posible salir de él. Como el navegante que no puede conocer su ruta en los cielos cubiertos por la tempestad, y queda perplejo entre dos oceanos que parece procuran confundirse para tragársele, así la humanidad fluctuaba á la ventura envuelta por todas partes en las tinieblas de la ignorancia. La verdad acerca de Dios, acerca del hombre, acerca del origen de las cosas era una cosa incomprensible en fuerza de ser múltiple y flotante. Todo género de errores se paseaba autorizado por el pórtico; toda clase de extravagancias divinizadas tenía en el panteon derecho de vecindad, no se conocía entonces la intolerancia porque no se conocía la verdad. Las distintas escuelas filosóficas se repartieron el trabajo de buscar al espíritu humano una salida; pero ni Platon, cuyo sublime ingenio llegó, por decirlo así, á tocar los límites de la inteligencia humana, ni el divino Platon pudo encontrar la piedra filosofal.

En tal estado de languidez, postracion y decadencia se hallaba el mundo intelectual, cuando apareció sobre su horizonte esa estrella polar de las inteligencias, esa subiduría eterna, esa razon esplicita de los espíritus,

que derrama la sabiduría como el Tigris vierte sus aguas, y como el Eufrates esparce sus ondas, según el velo símil de las santas Escrituras, ese inefable resplandor, que descendiendo del seno del Padre de las luces ha alumbrado toda la tierra, señalando cuál era el origen del universo, y cuál su destino; y ha dado la clave para la esplicacion de tantos prodigios como ve el hombre en sí mismo y en cuanto le rodea; y ha fijado y precisado las ideas acerca de la divinidad, levantando así el antiguo velo que cubría los ojos del linage humano y descubriendo á la tierra los secretos de la eternidad. Por medio de la autoridad ha enseñado al hombre verdades, cuya investigacion agotaba antes todas sus fuerzas; le ha dado una base fija de donde pueda partir con seguridad, y á la cual pueda volver á descansar. Al mismo tiempo ha creado á su alrededor, por la difusion y comunidad de las mismas luces, un contrapeso de sentido comun y una poderosa palanca que ha centuplicado sus fuerzas, poniendo las de todos á la disposicion de cada uno en particular. Pertrechado con este socorro el espíritu humano, que había permanecido por espacio de tantos siglos como sumido en un estado de infancia, se elevó á una altura que no se había conocido jamás; fué marchando de progreso en progreso; y en todas sus conquistas ha atestiguado magníficamente en favor de una religion bajo cuya influencia este mismo espíritu humano abriendo el libro de la naturaleza ha descompuesto la materia y alzado el velo de sus maravillas, ha explorado todas las partes de este universo y ha consul-

tado en toda la superficie del globo todos los monumentos de los siglos pasados. Si, á la viva luz de la fe católica se han realizado esos prodigios del espíritu humano en la física, química é historia natural, ese rápido desarrollo de todos los conocimientos naturales, que han hecho de nuestro siglo un gigante que se apodera de todas las verdades físicas, que abre, que penetra, que toma razon de cuanto existe en la naturaleza, rasgando sus velos y sorprendiendo todos sus secretos: y, ¡cosa maravillosa! físicos, químicos y naturalistas, después de recorrer cada uno su camino con independencia de todos los demás, y de haberse repartido el universo en sus exploraciones, han venido á encontrarse en la Religion como en un centro comun. Así el ilustre Cuvier, el mas noble representante de las ciencias naturales en los tiempos de fe, el Aristóteles de los tiempos modernos, cuya plenitud de espíritu momentos antes de morir se cernía, por decirlo así, sobre su frente y sus labios hasta el punto de examinar y contar los pasos de la muerte en sus postreros instantes y someter á cálculos matemáticos los últimos golpes que le daba, ese grande evocador del mundo antediluviano, ese sublime relator en el importante proceso que la fe católica ha seguido y está siguiendo aun con la incredulidad, después de haber hojeado, por decirlo así, todo el libro de la naturaleza, después de haber compulsado todos los archivos de la ciencia humana, después de haber exhumado, hecho revivir y oído hablar á los seres contemporáneos del diluvio, aun á los contemporáneos de la creacion, y después de haberse re-

montado hasta el caos viene á encontrarse enfrente del Génesis, viene á parar á unas palabras escritas hace mas de tres mil años en ese libro misterioso, convirtiéndose sin pensarlo en apóstol de la Religion.

No sin pleno convencimiento, decía un grande ingenio del siglo pasado: «al ver á la razon hacer progresos tan pasmosos, pero tan solo desde la predicacion del Evangelio, bien podeis considerar á la fe como una aliada que debe venir en vuestra ayuda y no como un enemigo á quien es preciso atacar. Debeis estimarla y no temerla.»

¿Y qué diremos de las ciencias matemáticas, de que tanto se orgullece el ingenio humano? de ese santuario de verdades inmutables, en donde el hombre tiene el derecho de recordar su celestial origen, contemplando en una religiosa admiracion la obra augusta de su propia razon? ¿Qué dirémos, repito, de esa ciencia colosal, que ha llegado á dominar todos los ramos del saber, que Newton descubrió en los cielos, Lavoisier encontró en la química y Hauy halló en los minerales: de esa ciencia que abriendo el manantial de las ventajas que se sacan de la actividad y los efectos de la tierra, del agua, del aire, del fuego y de los cielos, parece poner en movimiento toda la naturaleza, escudriñando el número, el peso y la medida de todos los cuerpos? Que todos los procedimientos del espíritu humano en dichas ciencias: el método de induccion, el cálculo diferencial, las leyes de la mecánica celestial, la aplicacion del álgebra á la geometría han sido descubiertos en tiempos y por los hombres de fe, por Bacon, Pas-

cal, Cartesio, Newton. No son grandes los matemáticos modernos sinó porque han montado sobre sus espaldas. En efecto, sentíase la necesidad de unos métodos capaces de descargar al entendimiento de una muchedumbre de cálculos con que se hallaba como abrumado; mas en breve se atreve Descartes á trasportar al gran todo las leyes físicas de nuestro globo; y por uno de aquellos rasgos de ingenio de que apenas se encuentran cuatro ó cinco en la historia, obligó al álgebra á unirse con la geometría como la palabra con el pensamiento. Ya el profundo Newton, el insigne autor de la célebre fórmula del binómio, no tuvo que hacer mas que coordinar y dar una forma á la multitud de materiales que los desvelos de tantos sabios habian hacinado; pero lo ejecuta como un artista sublime y entre los diversos planos sobre que puede levantar los mundos, quizá adivinó el diseño del mismo Dios.

No han sido menores los progresos de la astronomía bajo la antorcha de esa fe á que la incredulidad no cesa de calumniar: Copérnico restablece el sistema del mundo; Ticho-Brahe desde lo alto de una torre renueva la memoria de los antiguos observadores babilónicos; Keplero determina la forma de las órbitas planetarias; y poco después el ingenio humano ajusta un tubo á otro tubo, un lente á otro lente, y se remonta hasta los espacios inconmensurables del eter: escalando el sol le roba los secretos de su luz; y lanzándose aun mas allá hasta la remota esfera de las nebulosas, sorprende su constitucion, nos señala puesto en el centro de la que nos rodea, y mide las montañas

de nuestro satélite. Por último vuelve á remontarse á los mas distantes círculos del sistema planetario, hasta mas allá del vasto anillo de Saturno, y descubre un espacio infinito sembrado de manantiales de fuego, donde millones de tierras como la nuestra se perderían de vista, donde globos mas enormes que el nuestro ruedan con círculos mayores, por rutas mas asombrosas y con movimientos mas variados. Cuanto mas se abanza, mas se aleja de los confines del mundo. En vano se hunde en el espacio: por todas partes millones de cielos le rodean: la imaginacion se rinde bajo el peso de la creacion.

Conocido por el entendimiento el orden que la vista admiraba, fuéronle devueltas las balanzas de oro, que el cantor de Aquiles, el grande Homero, y las divinas páginas afirman pertenecer al soberano árbitro de la naturaleza.

Se ve, que el cometa se somete, que un planeta atrae á otro planeta por medio de una inmensidad, que el mar siente la presion de dos grandes cuerpos que á muchos millares de leguas de su superficie giran en el espacio, y que desde el globo encendido que ilumina las regiones de la inmensidad hasta el humilde lirio que está como olvidado en el valle, todo se ordenó con un admirable equilibrio; solo el corazon del hombre carece de él. *Inquietum est cor nostrum donec requiescat in te. (August.)*

¿Cuál ha sido la influencia de la fe católica sobre el genio de la historia, de esa ciencia donde como en un gran teatro los hombres de todos los siglos y de los pueblos de todas las zonas se hallan reunidos, hablan, obran y hacen

cada uno su papel sin embarazo ni confusion, de esa ciencia en que parece vemos el tiempo detenido por la mano del hombre en su rápida carrera, aprisionado por su ingenio en el centro del espacio y en donde vemos levantado el velo funebre y opaco que la muerte tenía corrido entre la generacion presente y las generaciones pasadas, de esa ciencia, vuelvo á decir, que hace nos parezca tan grande y magestuosa la tierra después que el hombre halló el secreto de pintar el pensamiento, de inmortalizar el alma de los insignes varones y de hacer resonar sus hazañas de uno á otro polo mil años después de muertos? La historia ha recibido en tiempos de nuestra santa fe una fisonomía nueva y especial. Bosuet en su inmortal discurso sobre la historia universal fue el primero que enseñó á contemplar la vida del linage humano desde un punto de vista elevado, á abarcar con una sola ojeada todos los grandes acontecimientos que se han verificado en el transcurso de los siglos, á verlos en todo su encadenamiento, con todas sus causas y efectos, y á sacar de allí lecciones profundas y elocuentes para los que gobiernan y para los gobernados, así para los pueblos como para los reyes.

El Obispo de Meaux, moral como Jenofonte, político como Tucídides, elocuente como Tito Livio, supo dar á la historia un nuevo sesgo y una fisonomía tal, que no pudieron adivinar los mas sabios hijos de Lacio. ¡Qué pinceladas tan magistrales sobre la caída de nuestros primeros padres, sobre las grandes revoluciones de los imperios! ¡Qué exámen hace de la tierra, eterno teatro de nuestras

miserias, basta escena donde se han aglomerado los restos de todos los imperios! A un mismo tiempo se halla en mil lugares diferentes: legislador en Esparta y ciudadano en Atenas, sacerdote en Menfis y ministro en la corte de Babilonia, muda de tiempo y de lugar cuando le place, y pasa con la rapidez y magestad que pasan los siglos; con un poder mágico hace resucitar todas las generaciones pasadas; con una autoridad increíble y con la vara de la ley en la mano arroja al sepulcro indistintamente al judío y al gentil. Viene finalmente él en persona y en seguimiento del convoy de tantas generaciones, y marchando apoyado en Isaías y Jeremías entona sus lamentaciones proféticas entre el polvo y las ruinas del género humano. Bien pudiera preguntar á los corifeos de la incredulidad si el vuelo del águila del Obispo de Meaux se resiente de las trabas de la fe católica, cuando al trazar con tan sublime maestría el cuadro histórico de las naciones se le escapan rasgos de que no se encuentran modelos en la elocuencia antigua, y que nacen del génio mismo del cristianismo.

En ninguna cosa empero resalta tanto, el influjo de nuestra fe sobre el génio de la filosofía como en las ciencias metafísicas y morales. Seguramente está el génio repartido entre los hombres; y bajo el concepto de temperamento nada hemos conocido mejor que Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron y otros muchos filósofos de la antigüedad. Preciso es confesar que en todo lo concerniente á los procedimientos del espíritu humano fueron por mucho

tiempo nuestros guías y nuestros maestros. Pues bien, haced el paralelo entre sus obras metafísicas y morales y las nuestras: colocad las obras de Ciceron al lado de San Agustin, las de Platon al lado de las de Santo Tomás de Aquino: poned Aristóteles junto á Bosuet; Séneca y Epiceto al lado de Malebranche, de Pascal, al lado de Massillon, de Bordalieu y de Fenelon, y decidme si no hay, no digo en la forma, sinó en el fondo, en el producto de estos últimos una perfeccion, una profundidad infinitamente superiores. ¡Qué conocimiento tan claro del corazon humano! Abrid al acaso sus obras, y hallareis á cada página, á cada línea, á cada palabra una revelacion tan perfecta de vosotros mismos, que os olvidareis tener un libro en la mano, y creeréis estar leyendo en vuestro propio corazon. ¡Oh, si al soplo vivificador de Ezequiel se reanimasen los descarnados huesos de los sabios de Roma y de Atenas! ¡Oh, si reviviendo sus frias cenizas tornasen á la vida los Zoroastros, los Mercurios, Trimegistros, hasta los Numas, y conversasen, no digo con el inmortal Pascal, no digo con nuestro sapientísimo Balmes, sinó con los hombres menos instruidos de nuestra época, formados como estan en la escuela del Evangelio! creo que harían una triste figura: no sabrían mas que tartamudear. ¡Pobres charlatanes, como decía Voltaire, ya no venderian sus drogas sobre el Puente Nuevo!

Pero hay un libro universal é inmortal que consultan en secreto como el oráculo de la sabiduría, como el código de la moral mas acrisolada, todas las edades, todas

las condiciones, el filósofo y el teólogo, el médico y el jurisconsulto, el político y el hombre de estado: un libro que se le oye mas bien que se le lee: tan grande es la ilusion que su moral causa, que se la confunde con la voz misma de la conciencia; un libro que inspira la aficion á las meditaciones mas profundas sobre los secretos del corazon, sobre las relaciones del espíritu humano con Dios y con la naturaleza: un libro que enseña la abstraccion sublime que concentra al hombre, que le despoja de su cuerpo y le hace divagar por altas regiones, que al parecer solo debieran recorrer los espíritus celestes: un libro que da al espíritu humano alas de fuego que con atrevido vuelo le conducen hasta el solio de la divinidad: un libro, en fin, que no se le puede leer sin sentir á cada página el soplo y como los effluvis de la verdad, palpitante, en su natural energía. Con esto he nombrado el libro mas hermoso que ha salido de la pluma de los mortales, el libro mas precioso que ha producido el cristianismo después del Evangelio, el libro que me atreveré á llamar el Evangelio escrito por inspiracion del espíritu humano cristianizado: la Imitacion de Cristo. Si, el libro de la meditacion y del éxtasis, el libro que hace se pierda el hombre todo entero en los abismos sin fondo de la contemplacion, el mas amable compañero del anacoreta en el desierto, su mejor maestro en la soledad, y su mas elocuente predicador en el seno de sus retiros mudos y profundos. Si, todo el movimiento filosófico en le que tiene de mas libre y atrevido ha tenido su origen en el catolicismo: todos los verdaderos filósofos, todas las inte-

ligencias privilegiadas que han existido en el mundo, todo cuanto ha descollado entre los hombres se ha apoyado en nuestra fe. Descartes, que inauguró una nueva época, que destronó á Aristóteles, que impulsó el adelanto de la lógica, de la física y de la metafísica era cristiano y católico: todos los Santos Padres han sido unos espíritus superiores cuyo resplandor pertenece con tanto mas derecho á nuestra religion cuanto que en su mayor parte han brillado en los siglos de la decadencia y barbárie, á manera de celestes meteoros en las tenebrosas noches del invierno: tales han sido S. Bernardo, S. Anselmo, S. Agustin y todas aquellas resplandecientes lumbreras de la Iglesia primitiva, todos aquellos primeros Padres, que no fueron menos los padres de la filosofia, puesto que esta jamás se encumbró tanto como en las sublimes concepciones de estos dignos confesores de la fe. Y no es extraño, pues la operacion de la fe es respecto á nuestra inteligencia lo que un instrumento óptico á la vista natural: es como una prolongacion suya, que estiende la vista hasta una distancia infinitamente mayor que la que el ojo puede naturalmente recorrer. La fe ha sido como el telescopio de la inteligencia, agrandó su horizonte y la hizo descubrir nuevos astros en el cielo del pensamiento y de la verdad. Testimonio eterno de esta asercion nos ofrece el siglo trece.

Al fijar la consideracion sobre el movimiento filosófico en esta época, se conoce que el espíritu de disputa y sutileza, de esa especie de gimnástica intelectual, había estraviado lastimosamente los entendimientos, habíalos lle-

vado á un exámen peligrosísimo en el terreno resbaladizo de la religion. Los atletas de la Religion sin huir el cuerpo á sus adversarios defendían la verdad á medida que las circunstancias lo exigían; pero los espíritus sentían la necesidad de un sistema filosófico, que por una parte ofreciese unidad y enlace, y por otra se armonizase con los dogmas de la Religion. Para llevar á cabo esta obra era necesario un génio que con su poderoso ascendiente dominara la anarquía de las escuelas. Este génio apareció: era Santo Tomás de Aquino: ese génio prodigioso que no solo cambió el curso de las ideas, sino que levantó las ciencias metafísicas, morales y religiosas á una altura que no se había conocido jamás. Santo Tomás, esa lumbrera resplandeciente, ese astro luminoso, que nunca se eclipsó: esa luz imperecedera, que todavía nos alumbra, fué el eco universal de su siglo: á su presencia todo pareció enmudecer: todo el orbe literario como en un profundo silencio escuchó la voz de Santo Tomás de Aquino. Paris y su renombrada Universidad oye con admiracion los luminosos principios de su doctrina: Oxford con todos sus sabios rinde homenaje á la profundidad y lucidez de su doctrina y á la facilidad con que depura al crisol del raciocinio las cuestiones mas problemáticas de la ciencia: y la misma Roma, la ciudad del hijo que la loba había amamantado, centro de la unidad religiosa como en otro tiempo lo fué de la unidad política: Roma, el punto de cita del génio de todos los países del mundo, como en otro tiempo lo fueron Alejandría y Atenas. Roma, la ciudad Pontifical, que durante

mas de mil ochocientos años ha visto inclinar su frente ante su Suprema Magestad á los génios de los pueblos de todas las zonas: la ciudad eterna, de donde se adelantan de siglo en siglo nuevos conquistadores hacia el norte y hacia el sur, hacia el este y hacia el oeste para sembrar en el mundo la palabra del Dios de la verdad, así como en otro tiempo partían del capitolio legiones invencibles que llevaban á Roma los despojos del universo: la misma Roma oyó con asombro la voz del Angel de las escuelas. Si, Santo Tomás, ese brioso génio, se lanzó ya en las profundidades de la divinidad, ya en las de la naturaleza, ya en los misterios del espíritu humano; y haciendo brotar en todas direcciones rayos de vivísima luz, vino á estampar en el papel unos pensamientos que participan tanto de Dios como del hombre. Es difícil no quedar confundido de admiración al leer los mejores escritos del Santo Doctor. La Suma teológica, uno de los monumentos mas gigantescos del espíritu humano, y que contiene á mas de una alta metafísica un sistema completo de moral, y hasta de política segun el juicio de Mr. Cousin, ese parto fenomenal de la razon humana ha sido durante los seis últimos siglos el evangelio de los apologistas de la Religion, el libro de cita en las luchas religiosas en que mas se emplea el ardor del pensamiento, en la resolucion de los mayores problemas filosóficos y religiosos que pueden ocupar al ingenio humano, el baluarte ante cuya presencia huyen confundidos el error y todos los elementos disolventes con que para hacer guerra á la verdad cuenta el ángel apóstata herido

del rayo lanzado por el robusto brazo del Omnipotente. Ahora bien: ¿en qué pudo ser embargada la mente de Tomás en el terreno de las ideas por las trabas de la fe católica? ¿Por ventura lo fué tampoco la del insigne Pascal, la de ese brioso genio del siglo diez y siete, que á la edad de doce años con unas simples reglas y unos toscos globos creó las matemáticas, á la edad de diez y seis escribió el mas sabio tratado de los conos que se había conocido desde la mas remota antigüedad, á la de veinte descubrió la gravedad del aire y destruyó uno de los errores mas capitales de la fisica antigua, y á la en que los demás hombres apenas empezamos á nacer habiendo ya desplegado las alas de su genio por toda la region de las ideas, habiendo recorrido ya toda la circunferencia de las ciencias humanas, después de haber fijado la lengua que hablaron Bosuet y Racine y después de haber resuelto por abstraccion uno de los mas altos problemas de la geometría estampó en el papel unos pensamientos en que el corazon siente una profundidad de tristeza, una inexplicable inmensidad, cierta suspension como en el infinito? ¿No son sus pensamientos el oráculo que consultaron con predileccion los apologistas de la religion que tuvieron que luchar con la incredulidad y la indiferencia? Yo pregunto si la incredulidad libre del yugo de la fe ha visto nacer en su seno campeones semejantes?

No, del seno de la incredulidad no pueden salir como del seno de la religion católica esos genios prodigiosos, que cual Tomás y Pascal desplieguen sus hermosas alas

para lucir su vigor, agilidad y osadía en el horizonte de los conocimientos humanos. La mente humana en el terreno de la incredulidad no puede levantarse del polvo de la tierra, quedándose cual ave débil y rastrera. ¡Qué contraste tan singular ha visto nuestro siglo en el Balmes de la Francia y en el Balmes de nuestra España, en Laménais incrédulo y nuestro Balmes creyente! ¡Qué diferencia entre el autor del Protestantismo y el autor del Ensayo sobre la indiferencia! ¿Qué es Laménais incrédulo comparado con nuestro Balmes creyente? Laménais se disipa en sutilezas ruidosas, se desvanece con los aplausos de sus amigos alucinados por el talento y osadía del escritor; sin embargo, ¿qué se han hecho sus obras escritas en la época de su incredulidad? ¿quién las lee? ¿quién recurre á ellas para encontrar una página bien razonada, la descripción de un gran suceso, nada de cuanto puede interesar á la ciencia ó á la historia? ¿Y quién es el hombre instruido que no haya buscado varias veces todo esto en los inmortales escritos de nuestro Balmes? No cabe personificación mas sublime de los sentimientos é ideas filosóficas que nuestra religión procura inspirar y difundir, ni expresión mas fiel del curso que el catolicismo hace seguir al espíritu humano. Balmes es la expresión, es el símbolo, es el emblema, es la mas bella fisonomía de las ciencias filosóficas bajo la antorcha de la fe católica. Balmes es un sacerdote inspirado, es un Padre de la Iglesia en el siglo diez y nueve, de cuya frente salen como agolpados rayos de anatema que reducen á pavesa las ruidosas sutilezas de

la pseudofilosofía moderna. Parémonos un momento á la vista de esa columna gigantesca, que se levanta á una inmensa altura sobre todos los monumentos de nuestro siglo: de ese hombre extraordinario, que llena el mundo con su nombre, que le domina con el ascendiente de su doctrina, que le alumbra en la oscuridad y que de un solo empuje ha hecho avanzar inmensamente las ciencias filosóficas en un solo siglo, porque alcanzando una superioridad indisputable ha hecho prevalecer por todas partes su doctrina, se ha constituido como un centro de un gran sistema planetario, al rededor del cual se ven precisados á girar todos los filósofos modernos: halló las ciencias metafísicas como estacionarias y las hizo tomar un vuelo sorprendente; con su llave de oro abrió los misterios de la naturaleza y levantó el denso velo que los ocultaba á los ojos de los mortales: encontró al protestantismo minando el edificio de nuestra religion; y dirigiendo la pluma á su defensa, dió á luz la apología mas grande de la Religion que han visto los últimos siglos, esa obra inmortal del *Protestantismo comparado con el Catolicismo*, que pasará á la posteridad como legítimo orgullo de la razon humana: obra comparable con el libro de la *Ciudad de Dios* del gran S. Agustin: obra, en fin, que viene á ser como un magnífico monumento levantado á la gloria del catolicismo, como una ciudadela inexpugnable contra los enemigos de la autoridad de la Iglesia que J. C. instituyó para que fuese como un vigilante centinela apostado en las Termópilas de la civilizacion intelectual. Y sin embargo, nuestro Balmes

era católico creyente; su mente no se halló embarazada por las trabas de la fe, y su espíritu campeó libremente por todos los ramos del saber, reuniendo tal estension y profundidad de conocimientos, que parece un portento.

Después de todo esto nada de estrañar es que dijese Alembert: con facilidad podríamos citar la lista de los grandes hombres que han considerado la Religion como la obra de Dios, lista capaz de conmover, aun antes de examinarla, á los mejores talentos, y suficiente á lo menos para imponer silencio á una turba de conjurados, enemigos impotentes de las verdades necesarias á los hombres, verdades que Pascal defendió, que Newton creía, y que Descartes respetaba.

Amados jóvenes, que os dedicais al estudio de las ciencias filosóficas, acabais de ver como la filosofía solo yendo hermanada con la Religion puede ser verdadera y grande, así tambien vosotros solo siendo fieles observadores de las prácticas religiosas podeis llegar á ser grandes filósofos. La razon es obvia: la mas clara vision de la verdad debe pertenecer al que mas despejado tenga el espíritu de los objetos que ha de examinar: para poder ser buen espectador es preciso no ser actor: pues bien, el filósofo cristiano colocado por su desapego fuera del tiempo, y en alguna manera en el seno mismo de Dios, asiste de continuo al solemne espectáculo de las cosas humanas, y en cierto modo de las cosas providenciales y divinas: por su estado es un verdadero moralista y un psicólogo: se vé y se juzga á sí mismo, se pesa y mide en sus pensamientos

y acciones para ver su irregularidad ó exactitud. En una palabra, el cristiano, segun la enérgica espresion de la divina Escritura, tiene el alma en su mano; por la misma razon todo lo demás de la tierra se le presenta mas claramente que á otros, porque estudiándose y conociéndose á sí mismo vé que ha estudiado y conocido á toda la humanidad. Para él la sociedad no es mas que un teatro, cuyas vanidades se le hacen patentes, y la naturaleza otro teatro cuyas maravillas reconoce y abraza; y entonces su espíritu libre de la envoltura de los sentidos anda con veloz paso hacia la investigacion de la verdad en las ciencias, su alma se dilata y eleva hasta el punto de poder enlazar sus conocimientos con el primer eslabon en la cadena de las ciencias: si lógico, con ese silogismo eterno que unió el Cielo con la tierra, con ese anillo misterioso que unió la criatura con el Criador, con ese término medio que unió dos extremos infinitamente distantes, pero sin confundirse, como son la naturaleza humana y la divina: si metafísico, persuadido de la perfeccion de su ser, se resolverá á obrar bien, y por este medio se eslabonarán todos los fines morales hasta unirse con aquella elevada metafísica que Platon llamaba por excelencia la ciencia de los dioses, y Pitágoras la geometría divina: si moralista, se mostrará sumamente agradecido al buen Dios de los cristianos, que dando al hombre el conocimiento de sí mismo, ha dado solucion al *nosce te ipsum*, ese grande enigma, cuya solucion buscaban los antiguos dentro de nosotros mismos, donde no podian encontrarla, pues que de allí procedía su

ignorancia: si matemático, la cadena de los números no le impedirá ver la grande unidad. Con su brillante álgebra podrá despejar la grande incógnita, que á pesar de sus reiterados esfuerzos no pudo despejar la mas sabia antigüedad, esa incógnita cuya inscripcion leyó el Apóstol de las naciones en el frontispicio de un templo de Atenas: *Deo ignoto*, al Dios desconocido: verá que además de esa geometría material, que ofusca los ojos del alma, que se compone de líneas, de puntos, de $A + B$, hay otra geometría intelectual, que se necesitaba saber para entrar en la escuela de los discípulos de Sócrates, la que vé detrás del círculo y del triángulo al eterno geómetra. Si astrónomo, no pasará las noches leyendo en los astros sin encontrar resuelto en los misteriosos cálculos de tantos soles el problema de la divinidad, de ese astro de los astros, de ese sol de luz propia. Cuando el telescopio de Galileo y de Herchel penetró las inmensidades del cielo, y fué necesario que el olimpo se bajase, entonces la musa de la epopeya extra-
viándose con Newton en soles sin número y mundos sin fin, exclamó con un entusiasmo digno de aquellos nuevos prodigios: «mas allá de esos cielos reside el Rey de la Gloria: mas allá de esos globos encendidos las celestiales gerarquías, cual otros mundos planetarios, se anonadan delante del Eterno.» Si historiador, al trazar la historia de las naciones marchando á llenar los fines providenciales, pedirá al eterno Jehová que le haga fiel apóstol de la verdad, así como hizo á Moisés, que como un gran faro luminoso suspendido sobre el abismo de los tiempos se eleva soli-

tario en su magestuosa antigüedad: se le vé aparecer bajando de la cima de las edades, como en otro tiempo de la cima del Sinaí, radiante con los destellos de Jehová y llevando en su mano el libro escrito por el dedo de la misma verdad: Moisés historiador, no de un pueblo sinó de los padres de los pueblos, analista de la naturaleza, biógrafo del hombre, cronista de los hechos de Dios. Si naturalista, movido del sentimiento de su dignidad, verá que está mal colocado el hombre en el sistema de Linneo, con los monos y los murciélagos; y con mas acierto le pondrá al frente de la creacion, donde le habia colocado Aristóteles, Buffon y su gran biógrafo Moisés. Tocando con su alma en los cielos y con su cuerpo en la tierra le hará formar en la cadena de los seres aquel simbólico anillo que une al mundo visible con el invisible, y al tiempo con la eternidad, aquel micrósmos, ó pequeño mundo, correspondiente á la vez al mundo de los espíritus y al mundo de los cuerpos, compendio misterioso del Cielo y de la tierra, anillo viviente de toda creacion, imágen de aquel que dijo: *faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. Si fisico, admirará la profunda sabiduría de aquel que inspiraba á Job estas insondables cuestiones, cuya solucion parece está reservada á nuestro siglo: «dime, ¿dónde habita la luz y cuáles son sus medios de propagacion? *¿dic mihi in qua via lux habitat, per quam viam spargitur lux?*» de aquel grande fisico, que mas de tres mil años antes que Newton decidió por boca de Moisés la cuestion relativa á la naturaleza de la luz en favor de los físicos modernos, y en

cierta manera se puso al lado de la teoría de las vibraciones. Y al pesar los mundos con Newton, así mismo admirará el físico el poder del que, según el relato de las santas Escrituras suspendió la tierra sobre el vacío y lanzó el aquilón en el espacio, midió todas las aguas con la palma de su mano, afirmó los cielos con su pulgar, comprimió el polvo de la tierra con sus dedos y pesó las montañas con un pesillo; puso puertas de arena á la mar, y la dijo: hasta ahí llegarás, y de ahí no pasarás. Y después de esas grandiosas ideas que la filosofía católica nos da de Dios exclamará: ¿qué son las fastuosas concepciones de los antiguos filósofos acerca del primer principio? ¿Dónde está el gran todo de Pitágoras, el eter de Zenon, el principio húmedo de Tales, la belleza indeterminada de Platon, la razón universal de Ciceron y el gran Júpiter de Homero? Finalmente, si químico, observará por sí mismo que nuestras ciencias componen y descomponen y vuelven á componer, pero que no pueden criar; y esta impotencia es la que descubre la debilidad y la nada del hombre, quien por mas que haga, todo le ofrece resistencia, no puede doblegar la materia para usarla sin que se le resista y se lamenta, digámoslo así: á todos sus esfuerzos parece que agregó hasta sus suspiros y su tumultuoso corazón. Todo lo contrario se observa en las obras del Omnipotente: todo en ellas está mudo, porque no hay resistencia. Cuando habló guardó silencio el caos, y surgieron de su omnipotente *fiat* como un eternal monumento de su diestra creadora, como una extracción de los tesoros de su divinidad esos colosa-

les y encendidos globos, que sin hacer el menor ruido se precipitaron en el espacio. Todas las fuerzas de la materia son con respecto á una sola palabra de Dios como las cosas criadas á la necesidad. Observad al hombre cuando trabaja: ¡qué aparato de máquinas! llama en su auxilio todos los elementos: afila el hierro, haciendo que brame el agua y silve el aire; enciende sus hornos, y ¿qué es lo que intenta hacer este nuevo Prometeo armado de fuego? ¿acaso va á criar nuevos mundos? No, solo va á destruir: nada puede producir sinó la muerte.

De esta alianza de las ciencias con la Religion brotará esa filosofía grandiosa, que es una asimilacion de la sabiduría eterna. Esta es la filosofía que profesaba Platon, y por la cual Sócrates se moría; que abrazaba Ciceron y defendía contra los sofistas de su tiempo: es la que vino agonizante á ponerse bajo el amparo del cristianismo, y que reanimada por él tomó un vuelo tan atrevido y perseverante bajo la pluma de los grandes doctores de la fe católica, y principalmente de S. Agustin, de S. Anselmo, de Sto. Tomás: es la que después ha inspirado tan preciosos tratados, legítimo orgullo de la razon, á Malebranche, á Bossset, á Pascal, á Fénélon; y que ha producido en nuestro siglo un hombre filosófico, que pasará á la posteridad: Balmes, gloria de los españoles. Esta es la verdadera ciencia á que debemos aspirar: no nos desanime la cortedad de nuestros talentos; poderoso es Dios para hacer de las piedras nuevos Salomones. El que salía al encuentro de Job en sus nocturnas visiones, el que murmuraba palabras misteriosas al oído de

Sócrates y le enseñaba esta frase, la mas progresiva de todas las ciencias humanas: *todo lo que sé consiste en saber que nada sé*; el que dirigió la pluma de todos los apologistas desde Justino hasta Pascal; mejor diré hasta nuestro Balmes, alumbrará nuestras inteligencias y las dirigirá en la senda de la verdad. Tengamos fe en sus promesas, pues que dijo *petite et dabitur vobis*, pedid y se os dará: pidámosela con una fe viva. El celebérrimo Arquímedes pedía un punto de apoyo y se comprometía á mover el universo: *da ubi consistam et cælum terramque movebo*. El Hombre Dios estableció este punto de apoyo, y con el cambió la faz de la tierra. Este punto de apoyo es aquella fe viva capaz de colocar el Pelion sobre el Osa: es la fe, de la cual decía el hijo del hombre que el que la tuviere, aunque no fuera mas que como un grano de mostaza, podría trasladar las montañas de un lugar á otro. Pues tomemos tambien nosotros por punto de apoyo esa fe; y como aquel espejo del citado Arquímedes, que reuniendo en su foco los rayos de fuego del espacio celeste los volvía á enviar á lo lejos sobre los mares, é incendiaba á grandes distancias las escuadras enemigas, de la misma manera esa fe hará que el Verbo de Dios despida desde lo alto rayos de vivísima luz, que disipen las tinieblas de nuestras inteligencias y las alumbren en los caminos de la verdad. ¡Oh cuán grande nos parece el filósofo que persuadido de que solo de lo alto puede descender la verdadera sabiduría levanta en su corazon un altar y ofrece al Dios de la verdad el obsequio, la sumision y dependencia en todas las circunstan-

tancias de su vida! Newton y Bossuet eran mas admirables cuando descubrían sus cabezas al pronunciar el nombre de Dios, que cuando el primero pesaba los mundos y el segundo confundía el polvo de las grandezas terrestres. El filósofo religioso será admirable en memoria eterna. ¡Ah! los siglos seguirán su rápido curso; muchos reinos desaparecerán del mapa geográfico; dejarán de existir no pocas dinastías; nuevas generaciones reemplazarán á las existentes; y por entre todos esos cambios y al través de todas esas transformaciones el nombre del filósofo religioso sobrenadará, por decirlo así, en el gran diluvio de los siglos; y de los anales del tiempo pasará á ser escrito en los anales de la eternidad.

*Laus Deo, Patri, Filio, Spiritui Sancto,
et Beatæ Immaculatæ Virgini Mariæ Dei
Genitrici.*





